

La ciudad rescatada y el ciudadano vulnerable. Los límites del cosmopolitismo urbano y la disputa por el espacio público en la Ciudad de México

Luis López³

INTRODUCCIÓN

A manera de introducción, permítaseme presentar una observación de campo realizada en el cruce de la calle Madero y Eje Central, el 22 de octubre de 2013. Esta observación se hizo en el contexto de una investigación sobre los modelos de ciudadanía que sustentan el proyecto de “rescate” del centro histórico.⁴

Me instalo al lado de la torre Latinoamericana, en un jardín abierto propiedad de la Fundación del Centro Histórico, de Carlos Slim. Ese día se presenta una exposición de esculturas de la artista Leonora Carrington, sobre todo de monstruos extraídos de su imaginario. El jardín se sitúa entre la torre y el atrio de la iglesia de San Francisco.

³ Doctor en sociología por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, profesor de la Escuela Nacional Superior de Arquitectura París-La Villette.

⁴ Esta investigación se realizó en dos periodos: el primero, de agosto a noviembre de 2013 y, el segundo, de agosto a septiembre 2014. El trabajo de campo consistió en una serie de observaciones no participantes en diversos lugares del perímetro A del centro histórico de la Ciudad de México. Al principio se hicieron de manera “flotante” (Pétonnet, 1980), sin una atención focalizada, sino prestando atención a las “microescenas” ordinarias. El objetivo se fue decantando hacia la observación de las formas de atención e inatención en las interacciones entre extraños (Lofland, 1973). Para profundizar las observaciones y la comprensión de la interacción, elegí situarme estratégicamente en algunos puntos de observación que me permitían ver con mayor detalle aquellas “escenas” (Goffman, 1993) en que los actores despliegan su capacidad para definir lo que está en juego.

Unas veinte personas entran y se instalan en las bancas de alrededor. Algunas se levantan y miran con curiosidad las estatuas. Un niño le pregunta a su padre: “¿Qué es ese monstruo, papá?” El señor no sabe qué contestar. Mira a un lado y a otro. No alcanzo a escuchar su respuesta, pero por la cara del niño supongo que la respuesta del papá no fue satisfactoria. Reina una calma que contrasta con el ruido del ambiente de la calle, a pesar de que son sólo las cinco de la tarde y no han llegado aún las oleadas de gente. Frente a la exposición, sobre las escaleras del edificio Guardiola —una joya de la arquitectura moderna mexicana—, se encuentran hombres y mujeres disfrazados de personajes de la cultura popular, tanto de filmes como de series de televisión. Después de algunos conflictos con las autoridades cuando se instalaron en la calle peatonalizada, el gobierno de la ciudad y quienes trabajan de botargas y estatuas vivientes llegaron a un acuerdo por el que se les permite estar en algunos lugares. Después de varios recorridos veo que las escaleras del edificio del Banco de México están entre las más codiciadas, porque es por donde la afluencia de personas es más importante. Frente a mí, un Homero Simpson gigante toma entre sus manos a un niño aterrado mientras sus padres le toman una foto. Una persona con un *walkie talkie*, quien al parecer organiza a las botargas, fija las tarifas. De 15 a 30 pesos por una foto. Una mujer disfrazada de perro con una serpiente enredada en el cuello se dirige a la gente que pasa en dirección a Bellas Artes para invitarla a tomarse una foto. A su lado, el hombre del *walkie talkie* lleva también algunos disfraces y organiza a las otras botargas. La mujer disfrazada de perro invita a los paseantes a tomarse una foto. Cuento e identifico a los personajes: la mujer-perro, Homero Simpson, Dora la exploradora, un personaje de la película *Monsters and Co.* (ignoro su nombre), Depredador, del filme de Arnold Schwarzenegger, un soldado pintado de verde. Los minutos pasan y nadie se detiene, a pesar de que la mujer-perro invita a los transeúntes. “Venga a tomarse una foto con Homero, con Depredador, con el pequeño

soldado. Es cooperación voluntaria; usted da lo que usted quiera”, a pesar de que cuando negocian el pago el hombre del *walkie talkie* les dice “son 15 a 20 pesos”. Después de varios minutos, una persona se detiene frente a las botargas, luego otra, pero ninguna hace el intento de tomarse una foto. Después, una mamá con su hijo, quien la jala de un brazo, atraviesa la calle para ir a tomarle una foto a su vástago, que la apresura para llegar hasta Dora. La mamá se aproxima sin mucho entusiasmo. “¿A cómo son las fotos, joven?” Es de “cooperación voluntaria, señora, pero a partir de 15 pesos”.

Esta escena se repitió con muy pocas variaciones durante el tiempo de la observación.⁵ Después de que la calle Madero se convirtió en peatonal,⁶ una de las principales actividades de los paseantes es tomarse fotos con las estatuas vivientes y las botargas. El público principal de las botargas son los niños, quienes difícilmente se resisten al llamado de los personajes que se presentan ahí. La experiencia del espectáculo es efímera. El niño posa un instante, su mamá paga y se van. Algunos intentan tomar fotos por su cuenta,

⁵ De acuerdo con las reflexiones de autores como Emerson (1995) o Katz (2001), no existe una forma única de hacer observaciones etnográficas. La observación es una práctica que se caracteriza por la inmersión del observador en un contexto social y su capacidad para traducir al lenguaje escrito lo que pudo percibir desde el lugar y la distancia en que se situó. La descripción etnográfica está sujeta a una multiplicidad de formas de evaluación. Desde las ligadas a la formulación de una metodología hasta las más vinculadas a la dimensión política y pública del relato etnográfico. Katz (2001) sugiere que a diferencia de los métodos cuantitativos, que sustentan su cientificidad en una “retórica de la prueba”, basada en la regularidad, la representatividad y la supuesta objetivación, la etnografía ofrece una mirada centrada en la descripción del “cómo” ocurren las cosas, más que en su significación última.

⁶ El proyecto de peatonalización formó parte del programa de rehabilitación de calles y fachadas del centro histórico, que arrancó con el cierre y la rehabilitación parcial de la calle Regina y continuó con la calle Alhóndiga-Talavera. El principal argumento del gobierno de la ciudad fue que al peatonalizar se modificaban el entorno y las conductas de los habitantes, haciéndolos mucho más “civilizados”.

pero son rápidamente reprendidos. Para quien visita la calle Madero, la botarga representa en sí un espectáculo, una distracción de consumo rápido para los niños.⁷ El intercambio dura sólo unos instantes, pero el análisis de la relación con los paseantes permite identificar algunos de los principales rasgos de los regímenes de interacción predominantes en el lugar.⁸ La presencia de las botargas y las estatuas vivientes refuerza la imagen de la calle Madero como un lugar de consumo de experiencias furtivas en donde predominan mecanismos de evitación social, pero también de encuentro.⁹

El análisis de esta escena completamente ordinaria puede permitirnos elaborar una hipótesis de trabajo en torno a la definición y el lugar dados al ciudadano en los proyectos de remodelación del espacio público impulsados en la ciudad en los últimos años. No quiero decir que lo observado durante varias semanas de investigación sea una “prueba empírica” suficiente para generalizar una hipótesis, pero permite iniciar una discusión en torno a la naturaleza de los intercambios sociales en los lugares que han sido objeto de intervención por parte del gobierno.

¿En qué sentido el análisis de una escena anodina en la que literalmente “no pasa nada” nos informa sobre los mecanismos

⁷ Una problemática clásica en la investigación etnográfica es la que alude a la postura del observador. En el texto “Tomar partida por el otro”, Emerson (1995) sugiere que las descripciones etnográficas se encuentran a menudo con una disyuntiva. Dar cuenta del sentido de una acción a través de categorías “impuestas” por el observador, o seguir a los propios individuos en su “trabajo” de categorización, en el sentido de que no sólo se observa una acción *in situ*, sino también la forma en que el actor justifica y define su acción.

⁸ Tomo la noción de *régimen* de la teoría propuesta por Thévenot y Boltanski (1996), para quienes los regímenes de justificación se refieren a determinadas formas a través de las cuales los sujetos dan cuenta y otorgan sentido a las situaciones que enfrentan, con la finalidad de orientar sus acciones.

⁹ La noción de *consumo* en este trabajo no se limita a las transacciones monetarias, sino que define una forma de interacción en la que el intercambio está mediado por un bien ofertado y una demanda satisfecha.

que regulan el orden público en una zona densamente utilizada por el paseante, como la calle Madero? Su estudio nos revela algunos fundamentos de la constitución del orden público y sobre todo algunas dinámicas de conflicto, disputa y negociación en el mantenimiento de este orden.

La presencia de las botargas a lo largo de Madero, pero sobre todo en el cruce con el Eje Central, es resultado de un proceso de negociación con el gobierno de la ciudad. En su tesis de maestría sobre el arte urbano en la calle Madero, Zabre (2013) argumenta que las botargas, a diferencia de las estatuas vivientes, aparecieron como una alternativa para muchos vendedores ambulantes desplazados cuando el gobierno cerró la calle e inició su rehabilitación. Las botargas están asociadas a la organización de Alejandra Barrios, una antigua lideresa de ambulantes, mientras que “las estatuas” y otros artistas callejeros están afiliados a una asociación denominada Pro Diana. Entre 2009 y 2011 hubo múltiples incidentes entre estos grupos, zanjados por la autoridad del Fideicomiso del Centro Histórico (Zabre, 2013), que propuso una distribución de los espacios tanto para las botargas como para “las estatuas”. Desde entonces, y hasta donde se sabe, las relaciones se han mantenido con una relativa estabilidad.

Aunque en la narración se puede tener la impresión de que “no ocurre nada”, una lectura sociológica nos deja ver algunos arreglos que hacen posible su presencia y aparición como un espectáculo. No obstante que el espacio es público, las botargas tienen “reservados” determinados lugares, como las escalinatas del edificio del Banco de México. Ahí, una persona se encarga de organizarlas, recoge los disfraces y dirige los movimientos, al mismo tiempo que asegura el contacto con “el cliente”. Mientras que “las estatuas” por lo general trabajan solas, las botargas están siempre en grupo. Toda una logística se pone a funcionar para que los paseantes puedan tomarse una foto. Un segundo aspecto

es el orden espacial del intercambio con los paseantes. Mientras que estos últimos circulan en un sentido o en otro, las botargas se encuentran en las escalinatas o en la pared, de tal manera que pueden ser vistas sin bloquear la circulación.

El primer contacto es visual y a partir de ahí se decide la transacción, en pocos segundos. Unas monedas (diez a veinte pesos) si la persona es quien toma la foto con su cámara, y más caro (25 a 30 pesos) si son los organizadores quienes lo hacen. Pero el aspecto más importante de estas microinteracciones es el acuerdo sobre el orden que impera en el espacio público rehabilitado. Las interacciones mínimas necesarias para circular en una calle tan densamente transitada como ésta pasan por una coordinación visual y una lectura de los flujos de circulación. Las botargas y “las estatuas” emergen como un elemento distractor para el paseante, o como un obstáculo para la circulación. Sin embargo, no siempre es éste el caso. En la descripción que hice de un lapso de más de dos horas pude ver cómo prácticamente nadie prestaba más que atención furtiva a las solicitudes de la persona que organizaba a las botargas. Sólo un niño con su mamá sucumbió al llamado de las personas, para retratarse con Dora la exploradora. A pesar de las insistentes invitaciones, nadie puso mayor atención, y siguió con la circulación. El llamado se hace sin invadir el espacio destinado a la circulación. La calle aparece, entonces, en su acepción de espacio de movilidad y anonimato, un lugar de sociabilidad en donde los intercambios están regidos por una economía de tiempo y movimientos. Quienes confluyen ahí —paseantes, vendedores, trabajadores de limpieza, policías, organilleros, repartidores de volantes, “estatuas”, botargas y otros artistas callejeros— lo hacen en su calidad de ciudadanos, utilizando su derecho al espacio libre. En este sentido, el régimen de intercambios se concentra en la capacidad de quienes están ahí por “trabajo”, cuya labor principal

es interpelar al paseante, solicitar su atención y consolidar una transacción.

LA VULNERABILIDAD COMO HORIZONTE DEL ESPACIO PÚBLICO

Un elemento imperante en la coordinación de interacciones a lo largo de Madero es el reconocimiento mutuo de quienes ahí confluyen como individuos con derecho a utilizar los espacios rehabilitados. Este “derecho” a circular libremente está garantizado por toda una serie de dispositivos de vigilancia, control y regulación del espacio, que van de la presencia de policías en cada esquina hasta una densa red de cámaras de vigilancia. Una observación realizada en noviembre de 2013 permitió contabilizar 30 cámaras visibles al paseante. Junto con los dispositivos preventivos y punitivos, otras formas de control y regulación se ponen en juego. Una es la limpieza cotidiana que realizan los trabajadores del gobierno de la ciudad, particularmente para despegar los chicles.

¿Quién es el destinatario del programa de cierre de calles? Una buena parte de la retórica de las diferentes autoridades del gobierno de la Ciudad de México consiste en ponderar la importancia del “ciudadano”, definido como un “usuario” de la calle, es decir, como un individuo común. En su tesis de maestría sobre la calle Madero, Ana Laura Santibáñez entrevista a Daniel Scotto, entonces coordinador general de la Autoridad del Espacio Público del Gobierno del Distrito Federal. Reproduzco un fragmento de la entrevista:

la finalidad es que el peatón retome su carácter del ser más importante en la movilidad de una ciudad, regresarle la dignidad; regresarle las condiciones de seguridad, certeza y movilidad a un peatón. Ésa es la finalidad (...) los ciudadanos no sienten que la ciudad es de ellos, los

peatones, que al fin y al cabo es el ciudadano que nos interesa; no nos interesa el ciudadano dentro de un automóvil, que es una extensión de un elemento de un espacio privado. Nos interesa el usuario del espacio público, que es el que genera su lugar (entrevista realizada por Ana Laura Santibáñez, 2012: 139).

Las palabras de Scotto hacen eco de las utilizadas desde el gobierno de Andrés Manuel López Obrador hasta las del gobierno actual para justificar las intervenciones en las calles y plazas “recuperadas”. Esta retórica reduce al ciudadano a la calidad de “usuario” del espacio, paseante o consumidor. Recuperar el espacio para el peatón implica fundamentalmente dar certidumbre a su presencia en la calle.

Cuando el programa de rescate del centro histórico fue lanzado formalmente por el entonces jefe de gobierno de la ciudad de México, Andrés Manuel López Obrador, el objetivo era restituir al ciudadano común un espacio que estaba “tomado” por vendedores ambulantes, delincuentes, etc. Así, en la ceremonia de lanzamiento del programa de “rescate” del centro histórico declara:

El centro histórico fue declarado por la UNESCO, en 1987, patrimonio cultural de la humanidad, pero se había convertido en todos estos años en una zona de inseguridad, de anarquía y de comercio ambulante, el cual se había ya apropiado de las calles, las plazas y las avenidas. El abandono y el deterioro eran ya evidentes, y ésa es la razón por la cual el estado de la zona no merecía la apelación hecha por la institución internacional (*Real Estate Market & Lifestyle*, citado en Linares Ortiz, 2010).

En este sentido, hay en juego una gramática moral que hace de la inseguridad el elemento de justificación para “recuperar” las

calles. En un discurso del *antes* y *después* bastante compartido por los actores públicos y privados, el objetivo de la intervención no es sólo recuperar el espacio para los negocios, para la especulación comercial, y para el ciudadano, sino también construir un modelo de espacio seguro, en donde la circulación peatonal, la experiencia de la ciudad, esté libre de riesgos.¹⁰

Pero, ¿qué significa una experiencia libre de riesgos? ¿Cómo se logra garantizar la seguridad? Una primera aproximación muestra que el programa de cierre de calles y la creación de corredores peatonales va más allá del cambio en las formas de transitar y el embellecimiento de las fachadas. Fue toda una estrategia para producir datos verificables que dieran certidumbre a quienes van a repoblar el lugar, lo visitan o invierten ahí. No es sólo una cuestión de seguridad o de policías, sino mucho más amplia, pues se trata de lograr —a través de una serie de dispositivos de diseño arquitectónico, urbano y policial— una disminución del sentimiento de ansiedad que permea las interacciones entre extraños en la vía pública.

En este sentido, la principal cualidad del ciudadano definido por el programa de rehabilitación de Madero es lo que Isaac Joseph (2002) llama un “paseante considerable”; es decir, un individuo capaz de fundirse con la masa que circula sin perturbar el orden público. La calle aparece en esa primera acepción como lugar de circulación y anonimato en donde el ordenamiento del espacio opera bajo la interacción mínima indispensable. Un segundo aspecto es la posibilidad de observar una oferta variada de

¹⁰ En una entrevista realizada por Santibáñez (2012: 142) a Ernesto Alvarado, entonces responsable de la participación ciudadana en el Fideicomiso del Centro Histórico, que reproduzco a continuación con su autorización, señala lo siguiente: “A partir de Madero empieza a tomar fuerza la idea de peatonalizar otras áreas del centro histórico. En ese sentido, la influencia de Madero es fundamental. Sirve de referente para que ya la gente de otras calles pida procesos semejantes”.

“espectáculos” de consumo rápido, barato y sin mayor involucramiento del espectador. En este sentido, la interacción del paseante con las botargas comienza con la identificación del personaje, la admiración por la calidad del disfraz y el “deseo” del niño de immortalizar el encuentro, y termina con las risas, el pago y la partida con la foto. La interacción comercial repetida de manera constante instituye en el espacio una identificación del lugar con una serie de actividades específicas relacionadas con una dimensión lúdica y comercial. Un tercer aspecto de la interacción en el espacio público nos señala las reglas de funcionamiento para mantener del orden colectivo. Al ciudadano que acude a la calle Madero se le pide un mínimo de involucramiento con quienes se congregan ahí. Circular, observar y consumir son las premisas que dominan el repertorio de gestos y acciones que es posible desarrollar en la calle. En las orillas, algunos vendedores, enganchadores de todo tipo, organilleros y pedigüños solicitan al paseante su atención de manera intermitente, pero las interacciones son mínimas, reduciéndose a algunas palabras y la circulación continúa.

Goffman y Joseph han explorado esta dimensión del riesgo y la vulnerabilidad en las interacciones ordinarias ritualizadas. Para Goffman (1970), el riesgo de las interacciones tiene que ver con la necesidad del individuo de conservar la cara, guardar la figura, incluso cuando dicha compostura es amenazada. La necesidad de mantener el orden de la interacción en una calle como Madero implica un delicado equilibrio entre distancia y proximidad, una coordinación circulatoria y una coreografía del intercambio de miradas. En esta capacidad de autorregulación descansa el modelo de convivencia urbana predominante en la calle Madero.

Como es bien sabido, Goffman estudió las condiciones que permiten mantener el orden social, sin caer ni en un determinismo estructuralista, pero tampoco en un relativismo constructivista. El fundamento del orden público era para este autor la regulación

de las interacciones cara a cara, pero no extraía de esto la conclusión de que el orden social se reduce a un conjunto separado de situaciones ni que los individuos actúan siempre siguiendo los patrones de estructuras dominantes.

Los individuos a los que me enfrento no inventan el universo del ajedrez cada vez que se reúnen a jugar; tampoco inventan el mercado financiero cuando compran un título, ni el sistema de circulación peatonal cuando se desplazan en la calle. Sin importar cuáles sean las singularidades de sus motivaciones y de las interpretaciones que ellos hagan, para participar tienen que integrarse a un formato estándar de actividades y de razonamiento que los hace actuar como lo hacen (Goffman, 1981: 63).

Entre el orden social en el espacio público y los comportamientos individuales se encuentra, entonces, otro orden, el de la interacción situada. Ésta es la dimensión que interesa a Goffman, el intercambio cara a cara entre individuos que no se conocen pero siguen una serie de reglas concertadas. ¿Qué nos dice esto sobre la naturaleza de los intercambios en el espacio público, sobre los cimientos en los que se erige la sociabilidad urbana en un espacio como la calle Madero?

Si Goffman se interesó en todo lo que significaba un riesgo de ruptura en la interacción, Joseph (1989) pone su interés más bien en la noción de vulnerabilidad. Una vulnerabilidad doble, la del sujeto y la de la propia interacción. Al respecto dice:

Una situación es vulnerable no sólo por el marco en el que se desarrolla sino también por el hecho que ella pone en escena los rostros. Nuestros rostros son vulnerables y susceptibles de traicionarnos o al menos de situarnos en una escala de traiciones. Es gracias a ellos que una situación es siempre más o menos una situación clave que trata

de las personas y de sus posibilidades. Es frente a sus rostros que los protagonistas suben la guardia como si estuvieran enfrente del lugar del “reconocimiento inmediato” (Joseph, 1989: 120).

Desde esta perspectiva, las estrategias puestas en práctica por el gobierno de la ciudad, los desarrolladores y las fundaciones culturales buscan redefinir las formas de apropiación del espacio público y resignificar el derecho a la ciudad, bandera ésta de los sucesivos gobiernos de la Ciudad de México. La recuperación de una calle como Madero no puede limitarse a lo puramente comercial. Lo que se pone en juego es la idea de que la ciudad y el espacio público urbano están cada vez más sometidos a una serie de reglas para desplazar a poblaciones juzgadas como indeseables o peligrosas, promover una civilidad cosmopolita y la ocupación del espacio con actividades que impidan el retorno de “los indeseables”.

La calle aparece como un lugar en donde la experiencia ciudadana está enmarcada por una serie de modelos de diseño arquitectónico y urbano, repensada en función de la capacidad de consumo, por lo que es limitada o contenida ante cualquier situación inesperada. El resultado y objetivo perseguido por las políticas de rescate urbano y mantenimiento del orden en el espacio público es la “reducción de esa angustia civilizatoria” (Breviglieri, 2011 y 2013), que aparece como la marca más importante de la experiencia urbana en este siglo. Esta angustia civilizatoria compartida es el primer basamento de la demanda creciente por públicos muy diversos de una certificación, evaluación, aseguramiento y orden (Breviglieri, 2013 y 2014).

La necesidad de una experiencia pública segura contra todo aquello que la vuelva vulnerable genera, en primer lugar, una demanda creciente de certidumbre en la planificación. Esto provoca una mayor solicitud de dispositivos de medida, monitoreo, *bench-*

marking, disuasión, repliegue y control. La puesta en práctica de los diferentes modos de intervención en el espacio público urbano produce como respuesta una serie de medidas que tienden a privilegiar la seguridad y la rutina, la vacuidad y la brevedad del encuentro urbano, sobre la creatividad y la apertura, el encuentro con el otro y el riesgo de desbordamiento que esto conlleva.

Por encima de la sorpresa y lo inesperado del roce y el encuentro social en el espacio urbano se privilegia el control, la disuasión y la movilidad exacerbadas del peatón. Por encima de la manifestación de la calle como lugar de acción y participación se privilegian los espectáculos que limitan el rol del paseante al de simple espectador-consumidor de una actividad que pasará inmediatamente al olvido.

La calle aparece en este esquema como un espacio que produce ansiedad. La profusión de información acerca de su peligrosidad, de la violencia y la delincuencia, ha marcado la agenda pública de la ciudad en las últimas dos décadas. En consecuencia, la necesidad de seguridad aparece como una de las principales demandas para los gobiernos, sin importar su origen político. Una de las medidas más espectaculares del gobierno de Andrés Manuel López Obrador en el año 2002, y que contribuyó en gran parte a la aceptación del programa de recuperación del centro histórico, fue la contratación del equipo de Rudolph Giuliani (Davis, 2007). El programa propuesto por Giuliani —pagado con la contribución de los empresarios liderados por Carlos Slim, presidente de la principal institución privada en el centro histórico, la Fundación del Centro Histórico— se estructuró en torno a tres grandes acciones: la *lucha contra el comercio informal*, y contra todas las actividades que dañaban la imagen urbana del espacio público; la *reunificación de la policía*, y su uso intensivo para ocupar la calle con fines disuasivos, con el espacio público como el lugar por excelencia para brindar seguridad; y la *instalación masiva de cámaras*

de vigilancia, con presencia de elementos policíacos de manera cotidiana y en los grandes eventos. La seguridad opera como un dispositivo para que la recuperación del espacio sea duradera.

Esta convergencia entre un grupo de consultores con propuestas abiertamente represivas y discriminatorias y un gobierno de orientación progresista con políticas de apoyo a sectores sociales frágiles —ancianos, niños, minorías étnicas y sexuales— debería resaltar porque permite ver la complejidad de las políticas de mejoramiento del espacio público urbano. Así, la gestión y el diseño de los espacios públicos combinan una retórica liberal-progresista que mezcla el discurso sobre el derecho a la ciudad y la necesidad de implementar una serie de dispositivos de control y gestión del espacio urbano para hacer de la ciudad un lugar atractivo, para introducirla en el ámbito de las grandes urbes, cuyos rasgos son reconocibles en el diseño de los espacios, el tipo de comercio, la patrimonialización de los inmuebles y el tipo de ocupación del espacio. La retórica liberal busca justificar la introducción de mecanismos de separación social, control policíaco y elitización del uso del espacio público a través de la invocación permanente del bien común, la libertad individual y el derecho a la ciudad.

En el diseño de estos espacios no entran sólo criterios de rentabilidad económica y gobernanza urbana, sino también aspectos mucho más complejos que tienen que ver con el diseño de la ciudad y que imponen una visión de lo que es legítimo en el espacio urbano. La ciudad aparece, entonces, y de manera paradójica, como atractiva e inaccesible para una buena parte de la población.

CUANDO EL OTRO HACE IRRUPCIÓN EN EL ORDEN GARANTIZADO

La siguiente narración es otro extracto de mi cuaderno de notas, del 15 de noviembre 2013, aproximadamente a las cuatro de la tarde.

Me siento en un batiente a un costado de la torre Latinoamericana. A lo largo del Eje Central se apostan unos cincuenta policías que prácticamente mantienen un bloqueo del primer cuadro después de expulsar a los militantes de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación un mes antes. Al sentarme observo a un indigente, que lleva consigo un enorme abrigo a pesar de que hace mucho calor. Al pasar en dirección al Eje Central, se acerca a las botargas, que se encuentran charlando entre ellas ante la falta de clientes y el calor sofocante. Algunas están sentadas en las escalinatas del Banco de México, otras están recargadas en las paredes del Sanborns. Entre los que se encuentran en ese momento están un soldado, el personaje Depredador, una mujer representando a la Gorgona y una persona que arenga a los paseantes, en ese momento escasos, para que se tomen una foto. Al acercarse al soldado, el indigente le hace un par de fintas y le suelta un *jab* imaginario. El soldado lo mira y también hace una finta y envía un *uppercut*. De pronto se da una pelea ficticia entre el indigente y el soldado. Una parte del público observa con interés la situación; algunos se acercan y comienzan a rodearlos. Depredador llega a apoyar a su colega y con una especie de lanza le pica el trasero al indigente y le toma la cabeza por detrás, lo que provoca la ira del indigente y la risa de los presentes. Depredador rodea al indigente y le toca la nuca, después la espalda y le hace cosquillas, y luego le da un pequeño golpe para fastidiarlo. La masa de espectadores se agranda y el espectáculo está asegurado por la presencia del indigente. Cuento unas veinte personas que bloquean una buena parte de la calle. Un hombre con un altavoz comienza a arengar a los combatientes e invita a los paseantes a ver la pelea: “Venga, mire la pelea entre Depredador y Soldado y nuestro amigo”. El indigente se encuentra en dificultades y apenas puede respirar. Sus adversarios se burlan e invitan al público a que se burle también. Le dan golpecitos en la nuca, en la espalda, en el trasero, lo persiguen hasta la pared del Sanborns. El indigente hace gestos desesperados hacia el públi-

co, que no para de reír. Dos policías se acercan a la escena y pienso por un momento que van a detener el “espectáculo” y dispersar a la masa, pero no es así. Al llegar sacan sus cámaras y entre burlas toman fotos y videos. Participan de este modo en la humillación pública del indigente, quien ya no puede hacer nada frente a sus adversarios. De pronto, el soldado le pone una zancadilla y lo hace caer al suelo. “Ahí muere, ahí muere”, alcanza a decir el indigente y se levanta. Los otros dos no quieren que termine el espectáculo, ya que han atraído la atención del público, que pide aún más, y el indigente sufre algunas puyas más antes de lograr separarse de sus enemigos y escapar de ahí. Una vez en la esquina, en el Eje Central, voltea a verlos para lanzarles señas obscenas. La masa de espectadores, un poco decepcionada, se dispersa y la calle vuelve a su calma habitual. A pesar de los exhortos del hombre con el altavoz, nadie deposita dinero.

Este suceso me permite traer a la discusión la cuestión central de la política de renovación del centro histórico. ¿En qué calidad son invitados los ciudadanos a acercarse al centro histórico? ¿Cuál es su papel en el mantenimiento de una ecología del orden público?

En el suceso que me tocó presenciar intervienen varios personajes. Están, por un lado, las botargas que se han instalado a lo largo de la calle de Madero —y constituyen uno de los principales atractivos para los paseantes— las estatuas vivientes y los espectadores. La presencia de las “estatuas” y las botargas le otorga una dimensión lúdica a la experiencia de la calle. La botarga es un personaje y un dispositivo propio del parque temático (Sorkin, 1992); su presencia está orientada a interactuar con los niños, y los personajes que representan son conocidos y propios del universo lúdico.

En un segundo plano están los espectadores, quienes muestran poco o mucho interés en los personajes que insistentemente los llaman para tomarse una foto. El paseante es reducido al papel de

espectador pasivo. Su interacción con las botargas está comandada por quienes buscan llamar su atención. El espectador paseante observa a la botarga y decide o no tomarse una foto, o se aleja buscando a la siguiente. Mientras que la “estatua” está fija y sólo actúa bajo la “orden” del espectador donante, la botarga busca interpelar al espectador paseante, detenerlo en su movimiento e incorporarlo a su acción.

Un tercer aspecto, además del paseo por la calle peatonal, principalmente como experiencia de consumo, es el recordatorio de los límites de la accesibilidad al espacio público. Mientras que el programa de recuperación de las calles del centro histórico se construyó sobre las bases de un discurso liberal que enfatizaba el libre acceso y circulación de los habitantes, la idea del ciudadano cosmopolita aparece como justificativo para una serie de proyectos cuyo objetivo es desplazar del espacio público a las categorías que considera parasitarias o al menos perjudiciales (Leal, 2011). Entre las que fueron excluidas de facto del disfrute del espacio público recién remozado se encuentran los vendedores ambulantes, los limpiaparabrisas, los mendigos y los indigentes. El principal personaje de esta anécdota aparece para recordar al público que su grado de humanidad no le alcanza para ser incluido en la esfera del ciudadano común. Su aparición en el juego de las botargas, a diferencia de la interacción juguetona de los personajes con el público, no provoca una complicidad feliz, sino la burla como gestión de su diferencia. El indigente pasa a formar parte del espectáculo como un personaje más, sólo que representa a su propio personaje; su miseria y su déficit de humanidad son puestas en escena (Breviglieri, 2005), lo que justifica las burlas sin que haya ninguna transgresión a las reglas de urbanidad. Su aparición como indigente en la visión del espectador lo convierte de facto en objeto de burlas y recuerda su ontológica exclusión del espacio público, abierto en principio a todos.

La violencia ejercida contra el indigente es un principio de ordenamiento del espacio público urbano. Los personajes como el indigente no sólo están excluidos de la esfera de derechos, sino que aparecen sólo para satisfacer la demanda de espectáculo. Su miseria es parte de la diversión de un público que busca algo nuevo. El hecho de que todos los espectadores disfruten del evento confirma la pertenencia del público espectador al universo del ciudadano y ratifica la exclusión permanente del indigente, que nunca estará en ese lugar en calidad de ciudadano legítimo.

La presencia del indigente como agente perturbador del ambiente apacible de una tarde en que el trabajo escasea para las botargas viene a señalar los mecanismos de control de las personas consideradas indeseables en los espacios rescatados del centro. Al irrumpir en el campo de lo posible, el indigente tiene que pagar el peaje, convirtiéndose en un objeto de burla y espectáculo. A diferencia de los otros trabajadores del espectáculo, concurre en su calidad de persona desprovista de humanidad común con los otros. Es su calidad de *otro radical*, puesto que no está en ese espacio ni para consumir ni para observar el espectáculo. Está de paso, casi furtivamente, como queriendo pasar inadvertido, para llegar a un lugar donde no sea objeto de presión ni de control. Tanto los trabajadores del espectáculo como los paseantes y los policías se autorizan a reírse del espectáculo patético de la pelea. Pero, ¿de qué se ríe el público? ¿De las botargas? No, sin duda. ¿Del combate desigual? ¿O del carácter desprotegido y vulnerable del indigente, quien se presta a una puesta en escena de sí mismo y su miseria? El combate y su desenlace sirven para recordar quién tiene derecho a estar ahí y quién no. Quién es un ciudadano legítimo y quién está fuera de lugar.

El indigente no es *el otro* de las políticas de renovación urbana; no es *el otro* del ciudadano cosmopolita. El indigente, con su invisibilidad, su déficit de humanidad y su exclusión radical, es quien

hace posible la emergencia de la ciudadanía urbana. Es el límite de lo aceptable en el espacio público.

Esto viene a cuestionar los fundamentos de la civilidad urbana y abre la posibilidad de pensar el espacio público con un paradigma que no repose exclusivamente en la necesidad de garantizar la seguridad del paseante y empobrecer la experiencia urbana, a riesgo de excluir a grandes porciones de la población.

CONCLUSIÓN

El programa de rescate del centro histórico tiene como uno de sus puntales la creación de corredores comerciales y culturales en los que se enmarcan dispositivos que vehiculizan un imaginario cosmopolita. El fundamento de estas políticas es un modelo de civilidad urbana en el que predomina una actitud de indiferencia cívica hacia el otro en el espacio público. Así, el cosmopolitismo que se afirma en lugares como la calle Madero lo hace como una forma de pertenencia a un grupo capaz de disfrutar de la oferta comercial, de servicios y de entretenimiento del lugar. Ya sea por la disponibilidad de dinero o por el conocimiento de tiendas y marcas que pueden encontrarse en otras capitales del mundo. Ciertamente, el lugar es transitado por cientos de miles de personas, muchas de las cuales no poseen los ingresos suficientes para adquirir lo que ahí se oferta, pero el paseo por el lugar ofrece otro tipo de distracciones.

En el esquema de rescate del centro histórico, la peatonalización de la calle Madero es, junto con la calle Regina, un buque insignia en el proceso de recolonización del centro. Se trata de un modelo de urbanismo que combina el cuidado puesto en los materiales, una estética urbana fácilmente identificable en otras partes del mundo, la promoción de un cambio en los giros comerciales para atraer a una población más joven y consumidora

y la apertura hacia el exterior. La calle Madero es presentada a un público mucho más amplio como la puerta de entrada global al centro, la imagen con la que el lugar debe ser identificado.

Todo en Madero está hecho para facilitar la circulación y el uso de la vista. Pasar por la calle implica adaptarse a las reglas de ver y ser visto. La economía del lugar reposa en gran parte en ese juego de miradas que constituye la experiencia urbana en el lugar. Se va a ver el espectáculo de la calle y a los usuarios que se muestran. En las orillas de la calle se encuentran numerosas botargas, “estatuas”, piezas de teatro, cantantes y otros espectáculos, lo que añade un atractivo al lugar, además de las tiendas de fama mundial que se instalan poco a poco. La arquitectura patrimonial, cuidadosamente recuperada y rehabilitada por el gobierno de la ciudad con el apoyo de los grandes capitales, busca crear el marco simbólico en donde consumir el café de una franquicia internacional o recorrer una exposición de arte sacro no tienen mucha diferencia.

Para comprender los mecanismos de la política de renovación de Madero es necesario conocer el funcionamiento de lo que podría llamarse una *economía de lo espectacular*. Con sus miles de paseantes, la calle está estructurada tanto en el tipo de boutiques como en la calle como una sucesión de eventos para asistir en calidad de espectador pasivo.

El análisis de las interacciones como fundamento de la civilidad urbana y del modelo dominante de la ciudadanía urbana ha permitido identificar las tensiones y contradicciones del modelo. Al mismo tiempo que el derecho a la ciudad se universaliza y el discurso liberal sobre los derechos se afianza, se intensifican los dispositivos que desplazan a grandes sectores de la población de este universo de derechos. Esta universalización reposa, paradójicamente, en la exclusión de aquellos a quienes no se considera dignos de ser ciudadanos.

BIBLIOGRAFÍA

- BREVIGLIERI, Marc (2002). “L’horizon du ‘ne plus habiter’ et l’absence de maintien de soi dans l’espace public”. En *L’héritage du pragmatisme. Conflits d’urbanité et épreuves de civisme*, compilado por Daniel Cefai e Isaac Joseph, 319-336. La Tour d’Aigues: Editions de l’Aube.
- BREVIGLIERI, Marc (2011). “El arco de experiencias en la adolescencia. Esquivas, estratagemas, embrollos, caparazones y destellos”. *Acta Sociológica*, 55 (mayo-agosto): 13-36.
- BREVIGLIERI, Marc (2013). “Une brèche critique dans la ville garantie. Espaces intercalares et architectures d’usage”. En *De la différence urbaine. Le quartier des grottes / Genève*, de E. Cogato Lanza, L. Pattaroni, M. Piraud y B. Tirone. Ginebra: Metis Presses.
- BREVIGLIERI, Marc (2014). “La vie publique de l’enfant”. *Participations. Revue de Sciences Sociales sur la Démocratie et la Citoyenneté*, 2, 9: 97-123.
- DAVIS, Diane E. (2007). “El factor Giuliani: delincuencia, la ‘cero tolerancia’ en el trabajo policiaco y la transformación de la esfera pública en el centro de la ciudad de México”. *Estudios Sociológicos*, 25, 75 (septiembre-diciembre): 639-681.
- EMERSON, Robert, Rachel I. Fretz y Linda L. Shaw (1995). *Writing Ethnographic Fieldnotes*. Chicago, IL: University of Chicago Press.
- GAYET-VIAUD, Carole (2011). “Civilidad social y felicidad del encuentro urbano. Las figuras del ‘viejito’ y del ‘bebé’”. *Acta Sociológica*, 55 (mayo-agosto): 55-76.
- GOFFMAN, Erving (1970). *Ritual de la interacción*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- GOFFMAN, Erving (1979). *Relaciones en público. Estudios del microorden público*. Madrid: Alianza Editorial.

- GOFFMAN, Erving (1981). "A reply to Denzin and Keller". *Contemporary Sociology*, 10, 1 (enero): 60-68.
- GOFFMAN, Erving (1993). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- JOSEPH, Isaac (1989). *El transeúnte y el espacio urbano*. Barcelona: Gedisa.
- KATZ, Jack (2002). "From how to why. On luminous description and causal inference in ethnography". *Ethnography*, 3, 1: 63-90.
- LEAL, Alejandra (2011). "For the enjoyment of all. Cosmopolitan aspirations, urban encounters and class boundaries in Mexico City". Tesis de doctorado en antropología. Nueva York: Columbia University.
- LINARES ORTIZ, Jorge (2010). "Reconfiguración cultural en el centro histórico de la ciudad de México". Tesis de doctorado en ciencias antropológicas. México: Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa.
- LOFLAND, Lyn H. (1973). *A World of Strangers. Order and Action in Urban Public Space*. Nueva York: Basic Books.
- PÉTONNET, Colette (1982). "L'observation flottante. L'exemple du cimetière parisien". *L'Homme*, 22, 4 (octubre-diciembre): 37-47.
- SANTIBÁÑEZ, Ana Laura (2012). "Rehabilitación y ciudadanía en el espacio público patrimonial: la calle Francisco I. Madero del Centro Histórico de la Ciudad de México". Tesis de maestría en ciencias de la arquitectura y urbanismo. México: Instituto Politécnico Nacional-Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura.
- SORKIN, Michael, ed. (1992). *Variations on a Theme Park: The New American City and the End of Public Space*. Nueva York: The Noonday Press.
- ZABRE, Ginna (2011). "Caminando por el arte y la cultura en la calle Francisco I. Madero del centro histórico de la ciudad de México". Tesis de maestría en ciencias antropológicas. México: Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa.